✠

Oracion Fúnebre

QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
CONSAGRADAS

á la Reina Nra. Sra.

DOÑA MARIA JOSEFA AMALIA

DE SAJONIA,

POR LA ANTIGUA Y PONTIFICIA COFRADÍA DE
Jesus Nazareno, Santa Cruz en Jerusalen y Concepcion
de María Santísima, sita en su Capilla propia de la
Iglesia de S. Diego el Real de Sevilla,

DIJO

EL Rmo. P. M. GREGORIO DOMINGUEZ,
Vicario general de los Clérigos Menores, y
Predicador de S. M.

EL DIA 13 DE JULIO DE 1829.

SEVILLA:
IMPRENTA Á CARGO DE GARCÍA.



Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Prov. 31. v. 30.

La muger que teme al Señor, esa será alabada. *Prov.* 31. *v.* 30.

¡Qué terribles son los consejos de Dios sobre los hijos de los hombres! ¡Qué impenetrables sus juicios con los Reyes de la tierra! Y ¿quién resistirá la invencible fuerza de sus decretos adorables? ¿No bastaban para nuestra enmienda tantas privaciones y padecimientos, y tantas calamidades sufridas con heroismo? Aun no se han cicatrizado las profundas heridas de un violento usurpador, que quiso esclavizarnos bajo el duro imperio de su cetro de hierro. Aun vemos enrojecidos nuestros campos con la inocente san-

gre de millares de víctimas, inmoladas á su furor. Aun no hemos reparado las funestas ruinas de una guerra injusta, cruel y destructora, pisando todavia con dolor los tristes escombros de nuestras casas, y templos derribados. Aun lloramos con lágrimas desconsoladas la mortífera zizaña de la rebelion, sembrada por el hombre enemigo, que ha despedazado la integridad de nuestro territorio, ha obstruido los canales de nuestra prosperidad, ha disminuido nuestra riqueza, y envenenado nuestras ideas y costumbres. Pobreza, deshonor, persecuciones, esclavitud, sangre, horrores, todo el peso de la indignacion de Dios ha caido sobre nuestras cabezas.

¿Quedan á la infortunada España otros males que padecer? ¡Ah! No ha descansado la espada vengadora; y tenemos que apurar hasta las heces el amargo caliz de Babilonia. La pálida muerte, que pone su arrogante pie en el suntuo-

so palacio de los Reyes con la misma libertad que en la humilde choza de los pastores, ha cortado con su sangrienta guadaña la vida mas interesante, y preciosa. MARIA JOSEFA AMALIA de Sajonia, Reina Católica de las Españas, ha terminado la breve carrera de su mortalidad. ¿Increparé á la muerte con trémula voz, y acciones desmedidas su obstinada temeridad, y atrevido encarnizamiento? Asi lo haria un orador profano, auxiliado de la Mitologia, y de una elocuencia poética, y gentil. Destinados hoy mis labios á ser órganos del Espíritu Santo, ni la fiera Atropos, ni alguna otra de las Parcas, será acusada de regicidio. El Arbitro Supremo de los seres, á cuya voluntad y señalamiento está sujeto el número de nuestros dias, desató el estrecho nudo, formado por su mano omnipotente, y creadora, y ha escondido el espíritu de nuestra augusta Reina en el abismo de la eternidad. La España do-

lorida, cubierta de luto, y anegada en tierno llanto, gime al pie de los sacrosantos altares, y le paga, humillada sobre el polvo de la tierra, el justo tributo de sus sufragios, y alabanzas.

No serán estas consagradas á la iniquidad, y al crimen por las ridículas ficciones de un infame adulador. El elogio de nuestra virtuosa AMALIA no necesita de entusiasmo, de imágenes encendidas, ni de hipérboles colosales. ¡Feliz el orador, que no tiene riesgo de profanar con atrevidas aserciones la sagrada cátedra de la verdad! Elógiense con ellas á las Semíramis, Jezabeles, Eudoxias, Ariadnes, y Cleopatras. Ofrézcase á su ingrata memoria el fruto vil de la lisonja, de la imaginacion, y de la mentira. Los españoles seguiremos el mandamiento de Dios; y sin derramar sobre sus respetables cenizas, unas flores marchitadas con el pestífero aliento de la bajeza, ni mezclar las ilusiones de la vida con los tris-

tes despojos de la muerte, ofreceremos á nuestra amada Reina el fruto precioso de sus manos: *Date ei de fructu manuum suarum*. Publicaremos sus virtudes; pero desnudas de toda exageracion, y con el caracter de sencillez demarcado en sus obras: *Laudent eam in portis opera ejus.*

No formarán su elogio aquellas acciones ruidosas, que deslumbran los ojos de los mortales, mientras que Dios las examina y las reprueba, ni aquellas vanas esterioridades, que desaparecen como el humo. Los granos de incienso, que han de quemarse en honor de AMALIA, serán tomados de encima de los altares. El temor santo de Dios, este origen fecundo de aguas vivas, que saltan á la vida eterna, será la única materia de sus alabanzas, de nuestra gratitud, y de nuestro consuelo: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur*. El Espíritu Consolador la enriquece con este don del cielo, y le señala con él todos los pasos de su vida.

Principio dichoso de bendicion y gracia, prepara su alma, y santifica sus acciones para los altos fines de la divina Providencia. Preparacion de alma, y santificacion de obras: he aqui, en sentencia del Eclesiástico, los felices resultados del temor santo de Dios, que ha formado el virtuoso caracter de nuestra Serenísima Difunta: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.*

Perdóname ¡ó Sombra Real! si no aciertan mis balbucientes labios á pronunciar el justo elogio de un alma grande. Mi conocida insuficiencia acude al Soberano Padre de las luces, para que dé á mis palabras erudicion, y fuerza por la eficaz mediacion de la Santísima Virgen, á quien afectuosa, y devotamente saludemos.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

¿Dónde hallaremos la verdadera sabiduría, para que sea nuestra fiel compañera, y trabaje con nosotros una dichosa inmortalidad? *Sapientia vero ¿ubi invenitur?* El hombre no conoce su valor, ni se halla en la tierra de los que viven en delicias. El abismo dice, no la tengo: y el mar responde, no está conmigo. Las aves del cielo no la conocen; y solo la fama de su nombre ha llegado á los oidos de la perdicion y de la muerte. Inútilmente la buscamos en el Licéo, en el Pórtico y en la Academia, teatros vanos, donde entre pocas verdades se enseñaron, y defendieron mil errores. Los falsos políticos, y presumidos sabios

de este siglo creen orgullosamente haberla asido por la mano, siendo en realidad una ligera sombra, que al mejor tiempo desaparece, y los burla. Dios solo conoce su camino, dice Job, y entiende el lugar de su morada: porque él ve los términos del mundo, y mira con despejo todos los secretos del cielo, y de la tierra. Cuando prescribia leyes á las lluvias, y direccion á las tempestades ruidosas, entonces la vió, la examinó, la preparó, y dijo al hombre: he aqui el temor del Señor: él es la misma sabiduría, y apartarse del mal la útil, y verdadera inteligencia: *Ecce timor Domini, ipsa est sapientia, et recedere á malo inteligentia.*

Opuesto á una ciencia terrena, animal y diabólica, y á aquellos vanos conocimientos segun el gusto de las pasiones, y elementos del mundo, aclara, estiende, y consolida las importantes noticias de la razon, y de la fe acerca de

Dios, y sus divinos atributos, é ilustra el alma con todo el lleno de luz que ha de conducirla felizmente á las mansiones de la eternidad. Asi prepara el temor santo de Dios el alma privilegiada de nuestra difunta Reina. Pero á tan alta sabiduría debió preceder otra inefable misericordia.

Los augustos ascendientes de AMALIA prevaricaron en la fe, y es preciso confesarlo. Un horrible monstruo, abortado por el abismo en la persona de Lutero, inquietó el dulce reposo de la Iglesia, y de la Europa toda, á principios del siglo diez y seis. Espíritu orgulloso, enamorado de la superioridad de sus talentos, y vasta erudicion, se entregó á todos los delirios de un injusto resentimiento, precipitándose en el vergonzoso escollo de la mas escandalosa apostasía, y de una heregía universal y grosera. Provocada la flaqueza humana con novedades agradables, que se predicaron con deci-

sion y arrojo, y con todos los adornos de una elocuencia seductora; y atraida mañosamente á un sistema alhagueño de libertad, tan grato al desorden de las pasiones como el sistema de Epicuro, halló el error prosélitos de todas clases, y defensores poderosos. Federico Tercero, Elector de Sajonia, se declaró acérrimo protector del Luteranismo. Sabio á los ojos del mundo, que admiraba la brillantez de su ingenio, y la estension de sus conocimientos, mostró la temeridad de su razon en querer alzar el espeso velo de los sagrados misterios, oscureciendo con una mancha eterna la inmortal gloria de haber fundado con su ardiente zelo la Universidad literaria de Witemberg. Bastante despreocupado para no admitir la corona del imperio, que le ofrecieron con sinceridad en Francfort, no pudo resistirse al título pomposo de Fautor de una heregía, que abrasando á la Sajonia como un fuego devorador, llevó

sus estragos á toda la Alemania, Dinamarca, Suecia, Polonia, Ungria, Prusia, Inglaterra, Francia, y otros paises religiosos. Este grande hombre, que habia gobernado sus pueblos con amor y sabiduría, envolvió á toda su Descendencia en las tinieblas espantosas del error, como Jeroboan á la suya en la asquerosa idolatría: *Qui peccavit, et peccare fecit Israel.*

¡Desgraciados Príncipes de Sajonia! Vosotros recibísteis una sangre envenenada; y llevásteis en ella por espacio de dos siglos la semilla fatal de una muerte sempiterna. La virtuosa AMALIA, sus padres, sus abuelos, y los que á estos dieron una honrosa vida, habrian cargado sobre sí la proscripcion y el anatema, si el Dios de las misericordias no hubiera estraido de sus venas el funesto germen de la perdicion. La gracia vencedora de aquel Dios, que toca los peñascos, y los convierte en aguas; este

don apreciable de los cielos, que sabe confundir la elocuencia de los sabios, y hace callar á los maestros de la ley; este espíritu de verdad, á quien nada sorprende, ni la magnificencia de los palacios, ni la brillantez de los tronos, ni los resplandores de la magestad, ocupa benignamente el alma de Federico Augusto y de su primogénito; y rompiendo la densa nube de una preocupacion envejecida, los conduce con la velocidad del rayo á la hermosa luz del catolicismo, como siglos antes habia conducido á la estirpe Real de España en la conversion de Recaredo. ¡O grandeza de la misericordia! ¡O triunfo de la gracia! ¡O correspondencia generosa y fiel! ¡Feliz Sajonia restituida al pueblo de Dios, y á la herencia de los Santos! ¡Dichosa su Real Familia, colocada ya sobre un trono de luz y de justicia! ¡Afortunada España, que ha de recibir de tan gloriosa y esclarecida generacion, Reinas

virtuosas, amables y edificantes! Maria Josefa Amalia vendrá al mundo prevenida con bendiciones de dulzura, y marcada amorosamente desde la eternidad sin principio, cuando se dividieron los pueblos, se repartieron los destinos, y se fijaron las suertes de los mortales. Ella hará progresos admirables en el santo temor de Dios, despues de aprender con docilidad sus puras é interesantes lecciones.

Dotada de un alma grande, de un talento despejado, de una memoria feliz, de una imaginacion viva, y de un corazon noble, susceptible de elevados y generosos sentimientos, desenvolvió con facilidad y con presteza la dichosa semilla de una educacion sólida y cristiana. Nacida para Dios, á quien debia consagrar sus pensamientos y sus obras, tuvo gran cuidado el zeloso Maximiliano en apartar de su augusta hija aquellos maestros de iniquidad, y perversa doctrina, que

acercándola al precipicio, la aficionasen en la aurora de sus dias á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos, y á la soberbia de la vida. ¡Y con cuánto gozo no la vió crecer en edad, en el santo temor de Dios, y en la sabiduría de los cielos!

Desde los primeros años de su razon pactó con sus ojos no abrirlos á objetos seductores, y se impuso la inviolable ley de aprender solo á Jesucristo Crucificado, y de poner toda su esperanza en el fruto sobreabundante de la Cruz, que llaman los impios escándalo y necedad. No ¡ó vanos y peligrosos conocimientos de la tierra! Vosotros no llamásteis las atenciones de la piadosa AMALIA. En el magestuoso silencio de un monasterio, donde, callando el ruidoso murmullo de las pasiones, solo resuena la sonora y penetrante voz de Dios, comprendió vuestras inútiles vaciedades, y el mortal veneno, que escondeis bajo la superficie

encantadora de la amenidad y de las flores. Allí conoció aquel sistema desconcertado, y falso, que pretende desfigurar las verdades mas autorizadas, y unir la luz con las tinieblas, á Dios con el mundo, y á Jesucristo con Belial. Allí descubrió al fiero dragon de siete cabezas, que con el agua pestilente de su boca, intentó sufocar á la muger prodigiosa del Apocalipsis, la Santa Esposa del Cordero. Allí entendió la perfeccion de la sabiduría en el preciso, y útil conocimiento de Dios, y trató seriamente de elevarse sobre todo lo grosero para buscar la verdad, para seguirla, y para gozarla sin disipacion.

Pregúntesele en su tierna edad de doce años, sobre la incomprehensible naturaleza, y verdadero caracter del Dios que adora. ¡Qué teología tan sublime! Pero Amalia la desenvuelve con inteligencia, y forma con asombro la pintura mas exacta, y viva de las divinas per-

fecciones. Si se le examina sobre la necesidad, y origen del culto religioso, apela con acierto á la inefable grandeza de un Supremo Ser, y á la bajeza de sus criaturas; á la alteza de sus beneficios, y á la profundidad de nuestra gratitud; á su absoluta soberana independencia, y á nuestras necesidades, é indispensable sujecion.

¿Quiere saberse la certeza de su fe, la seguridad de su esperanza, y el firme apoyo de sus dias sobre la tierra? Llenaos de confusion ¡apóstatas miserables! Ella sabe acudir al sólido fundamento de una revelacion divina, propuesta, y esplicada por el órgano del Espíritu Santo, y columna inmovil de la verdad, la Santa Iglesia de los Apóstoles, y numerar uno por uno los motivos incontestables de su creencia, y del humilde sacrificio de su razon. Ella sube hasta el origen del mundo, y sabe hallar la fe romana por una cadena no interrumpi-

da de generaciones en el íntimo enlace de sus augustos misterios, en su antiguedad venerable, y en la unidad constante de sus principios. El cielo, parece, que se abre sobre su tierna cabeza para iluminarla, y enriquecerla.

Ni los escándalos de la impiedad, que vuela de provincia en provincia, y de reino en reino, ofreciendo en copa de oro el mortal vino de su infame prostitucion; ni el ruido formidable de las armas de un ambicioso, que hace temblar á toda la Europa, tronchando cetros, despedazando coronas, y usurpando tronos; ni los falsos elementos de una política impia, y corrosiva, que se propaga como el cancer hasta contaminar el santuario de las leyes, y de los palacios, pudieron detener en el espíritu de Amalia los rápidos progresos de sus conocimientos religiosos. Lejos de paralizarlos, una vigorosa reaccion de su piedad, los aumenta, y los perfecciona. Como águi-

la generosa remonta el vuelo sobre las nubes, para mirar de cerca al Sol de Justicia Jesucristo. ¡Ah! ¡Qué agraciados son los primeros pasos de esta hija del Príncipe! ¡Qué sabios los primeros movimientos de su alma! ¿Y por qué habia de faltarle la hermosa plenitud de una sabiduría celestial, y divina, respetando á su Dios, y temiendo sus adorables juicios? Pero veamos sus frutos. *Plenitudo sapientiæ est timere Deum, et plenitudo á fructibus illius.*

Aquel Señor de eterna misericordia, que la condujo á la soledad para iluminarla, le habla al corazon para que lo adore, y le sirva. Motivos poderosos de justicia, de gratitud, y de interes espiritual escitan la piedad de Amalia á favor de su Criador, de su Bienhechor, y de su Juez. ¿Será perezosa en el culto, fria en su devocion, tibia en sus oraciones, y distraida en los actos religiosos? ¿Podrá malograr el fruto necesario de su

fe, de su ilustracion, y de un temor saludable? ¿Vencerá las árduas dificultades de un principio interior de flaqueza, y de mil causas esteriores, que han de conspirar contra su virtud? Acudid, Dios mio, con vuestros auxilios celestiales. AMALIA va á salir de su retiro, y á respirar el aire inficionado de un mundo corrompido, disipador de los bienes del espíritu. AMALIA va á separarse de la compañía de los justos, y á vivir entre cortesanos. AMALIA va á dejar la oscuridad de la vida solitaria, y á cargar sobre sí el pesado yugo del matrimonio. Va á mudar de clima, de idioma, y de costumbres, y á acompañar al religioso, y paciente FERNANDO sobre el trono de las Españas. España, sí, la afortunada España será el teatro de sus combates, y de sus victorias, si la protege el Señor como á Raquel y Lia, para edificar la casa da Israel, para ostentar sus virtudes en Ephrata, y la celebridad de su

nombre en Bethlehen: *Ut sit exemplum virtutis in Ephrata, et habet celebre nomen in Bethlehen.*

La dulce magestad de su hermoso rostro, la modesta gravedad de sus miradas, la sabia circunspeccion de sus palabras, el aire templado de sus acciones, y la honesta moderacion de sus vestidos, inspiraron á los Españoles la justa idea de su candor, de sus sentimientos religiosos, de su profunda humildad, y de todas sus virtudes. Ilustrada con las altas verdades de la religion, y heredera del piadoso espíritu de los Federicos, de los Augustos, y Maximilianos, no podrán malograrse nuestras alhagueñas esperanzas. La augusta sangre de otra Amalia, dignísima Esposa del inmortal Carlos Tercero, Abuela de nuestro amado Rey, y gloria del trono Español, corre por sus venas, y se cumplirán nuestros venturosos presagios: *De semine Aaron venit, non decipiet nos.* Hará pública

una piedad sólida, y edificante, y condenará aquella piedad esterior, y falsa, que adora á Dios en Jerusalen, despues de haber inclinado las rodillas al becerro de oro en Bethél y Dan. No tendrá que desear el Palacio de nuestros Reyes las heróicas virtudes de las Ingundas, de las Isabeles, y Berenguelas: *non decipiet nos.*

¡Con cuánta generosidad se desprende de la grandeza de su elevada condicion, para ofrecer al Rey de los Reyes el sacrificio de un corazon inocente, jamas corrompido por la adulacion, ni distraido por los encantos que la rodean! A los pies sacrosantos del Cordero protesta su pequeñez, y unida al polvo de la tierra le rinde una Corona, que solo aprecia como dádiva de su mano bienhechora. Allí contempla unas verdades eternas, que la confunden al mismo tiempo que la animan. Allí habla á su Dios con libertad de hija, é implora la misericor-

dia, y la salud. Allí repasa sus dias en el dolor, y en la amargura, y medita fructuosamente los años de la eternidad. Allí liquida su corazon en tiernas lágrimas, y pide por las necesidades de su pueblo, y por el feliz desempeño de unos hijos ilusos, y estraviados. ¿Deberemos á los ardientes ruegos de esta nueva Esther la muerte del pérfido, y revoltoso Aman, la vida del inocente Mardoqueo, y la salud de la nacion? ¡Ah! Los juicios de Dios son un abismo impenetrable.

¡Con cuánta devocion se presenta en los actos religiosos á tributar sus rendidos homenages al Dios de la Magestad, y á edificar á sus vasallos! Nosotros la vimos en el santo templo cercada de todos los adornos de la modestia cristiana, y poseido su corazon de aquel íntimo respeto debido á la Casa del Señor, al Paraiso de la tierra, y á la santidad de sus misterios, y sagradas ceremonias. Nosotros la vimos en el tiernísimo acto

de adorar al Dios del amor, llevado en triunfo por las calles de este pueblo. La piedad de David á presencia del Arca santa de la Alianza, no es comparable con la que vimos en Amalia. La modestia de sus ojos, la grave compostura de su semblante, la actitud humilde de su cabeza, la reverente postura de sus manos, y la humillacion profunda de su cuerpo, señalaban con el dedo un espíritu embelesado en las grandezas de Dios, y en el dulce amor de sus misterios adorables. Creiamos ver á una Teresa fuera de sí, estasiada con las dulzuras del amor divino; ó mas bien, á un Angel del cielo contemplando en deliciosa paz la incomprehensible hermosura de su Dios. Oimos entonces magníficos, y justos elogios de su piedad; y vimos derramarse abundantes lágrimas, arrancadas sin libertad por un espectáculo tan edificante y tierno. Acaso uniría á la devota meditacion de un misterio de caridad, y de

prodigios, la memoria agradecida de su vocacion á la fe, del poder de Dios, que llama el Apostol sobreeminente á favor de los que creen sus verdades, y de su feliz entrada en el reino del hijo de su amor, para tener parte en la suerte de los escogidos: *Gratias agentes Deo Patri, qui dignos nos fecit in partem sortis Sanctorum.*

¿Qué debió tener AMALIA, que no poseyese en honor de su fe, de su piedad, y religion? ¿Devocion acrisolada, aficion á las prácticas religiosas, y actividad en ejecutarlas? No se aplicará á su constante vigilancia lo que dice Salomon en sus Proverbios: „Pasé por el campo de un perezoso, y lo encontré lleno de espinas, de ortigas, y malezas." Pronta siempre á las secretas inspiraciones de la gracia, riega con ellas el campo de su espíritu, y lo cultiva con esmero en honor, y gloria de aquel Supremo Rey de los Monarcas, acreedor á las bendicio-

nes de sus criaturas. Sois mi Redentor, le dice, mi Santificador, mi Padre, mi Maestro, mi Fortaleza, mi Paz, mi Vida, mi Esperanza, mi Gloria, y todo mi Consuelo. ¡Qué títulos tan poderosos para entregarme á Vos, y bendeciros! Mi alma los reconoce, y os alabaré eternamente.

Convencida de la importancia del tiempo, de la brevedad de unos instantes, que pasan como las aguas para no volver, y de la urgencia de aprovecharlos, distribuye sus devociones con discrecion y sabiduría, sin desperdiciar la parte mas preciosa de tan rico don. Buscando con preferencia el reino de Dios, y su justicia, trabaja sin cesar en el único negocio de su salud eterna, y atesora, como la oficiosa hormiga, para el crudo invierno de la muerte. No busqueis en su preciosa vida aquellos espacios de flojedad, y tedio, que caracterizan la instabilidad de un alma necia, insconstan-

te como la luna, ó una virtud superficial ejercida por ostentacion. Su constante perseverancia entre el bullicio de una corte, en el rígido ceremonial de la etiqueta de un palacio, y entre los amargos contratiempos de una ingrata fortuna, dió á conocer la noble pureza de sus intenciones; y que toda su devocion, su frecuencia de Sacramentos, sus respetuosas visitas á la Casa de Dios, el recogimiento de sus sentidos, y su firme intolerancia en materias de fe, tenian su origen en la gracia de Jesucristo, en la rectitud de su conciencia, y en los vivos deseos de aumentar la gloria de su Criador. El zelo de Amalia se exalta como el de Phinees, al desacato mas leve contra la Divina Magestad. Vosotros lo sabeis ¡jóvenes atolondrados! corregidos por el Monarca en vuestras faltas de piedad, á impulsos de su Augusta Esposa, tan inclinada por otra parte á la mansedumbre, y á la clemencia.

¡Sevilla! Tú la viste en esa Santa Iglesia Catedral examinando sus preciosidades con inteligencia, y con respeto. Tú la observaste llena de un santo gozo por la magestuosa grandeza de los sagrados utensilios, restos preciosos de su antigua opulencia. Tú la miraste, habiendo registrado prolijamente la mas rica, y suntuosa Custodia del mundo católico, sorprendida, admirada, y silenciosa; y que al fin esclama, poseida de temor, y sentimiento: *¡Y se la quieren llevar!* Dijo: y empezaron á correr por sus mejillas amargas lágrimas espresivas de su íntimo dolor. *¡Y se la quieren llevar!* ¡Qué énfasis tan elocuente! ¿No se conmovieron los inflexibles carceleros, que la espiaban tan de cerca? ¿No conocieron la poderosa fuerza de tan lacónicas, y moderadas espresiones? Fue decir con la mansedumbre y paz de su dulce caracter: ¡Y no aprecian esta obra maestra de los siglos, que da honor á las bellas artes, y

al genio sublime de los Españoles! ¡ Y quieren deshacer en pocos minutos el fruto esquisito de muchos años de aplicacion y de trabajo! ¡ Y pretenden arrojar al fuego los delicados primores del célebre Juan de Arfe, y las ingeniosas invenciones del sabio Canónigo Francisco Pacheco, que los Arabes, y Persas conservarian con aprecio! ¡ Y proyectan convertir en usos profanos esta magnífica Carroza, destinada al Dios de inmensa Magestad! ¡ Y quieren arrojar de su trono al Cordero inmaculado de Dios, que quita los pecados del mundo! El pueblo Sevillano conservará en su memoria este hermoso rasgo de acendrado catolicismo, y lo transmitirá de generacion en generacion hasta el último dia de los siglos.

¡ Llorosos habitantes del Real Sitio de Aranjuez! Suspended por un momento vuestro justo llanto, y contadnos las maravillas de piedad que vísteis en Amalia. Referidnos uno por uno esos gran-

des ejemplos de su heróica fe, de su ardiente devocion, y de su profunda gratitud al Dios de las misericordias, que os edificaron, y os consuelan. Pero no: Ofreced á su ilustre memoria el fiel tributo de vuestras lágrimas, mientras que la fe cristiana medita en vuestra Iglesia de San Antonio ese Cuadro misterioso, y ese magnífico Altar, consagrado por Amalia al Dios de sus padres, su bienhechor, su luz, y todas sus delicias. Destinado á significar la feliz conversion de sus augustos Ascendientes al gremio de la Santa Iglesia, será un monumento eterno de su piedad, mas agradable á los ojos del Señor, que los erigidos en Bethel y Rámata por la fe de los antiguos Patriarcas. En él vivirá nuestra Difunta Reina hasta el fin de las edades, y anunciará perpétuamente con una elocuencia muda, y espresiva, el aprecio que hizo de su dichosa vocacion, apoyo firme de toda su esperanza. En él vivirá, alzan-

do su agradecida voz, y convidando á todos los pueblos para contarles los prodigiosos triunfos de la gracia: *Venite, audite, et narrabo omnes, qui timetis Deum, quanta fecit animae meae.*

Si se han congregado las dispersiones de Israel; si se han reparado los templos y los altares; si se han restituido á la Iglesia sus bienes, y sus derechos; si se han restablecido la hostia, y el sacrificio; si la gloria del Líbano se ha unido admirablemente á la hermosura del Carmelo y de Saron; y si se han promovido el ornato del Santuario, los establecimientos religiosos, el culto de Dios, y la veneracion de los Santos, ha tenido mucha parte la piedad de Amalia. Vosotros sois testigos de su tierna devocion á la Soberana Emperatriz de los Cielos en su sagrada imagen de los Reyes, y del riquísimo, y brillante adorno, que le presentó su piedad, y Real munificencia en testimonio de su fe. Su memo-

ria, como la de Josías, tendrá la dulzura de la música, y el suave olor de los aromas, y pasará á la posteridad con el honor de las Matildes, de las Elenas, de las Clotildes, y Sofias. Las mas remotas generaciones admirarán su religion, y piadosos conocimientos, y hablarán con entusiasmo de aquel temor filial, y saludable, que santificó las obras de su vida.

SEGUNDA PARTE.

Es la santificacion de nuestras obras la justicia misma de todas ellas, arregladas á la eterna ley por el santo temor de Dios: *Qui timent Dominum custodiunt mandata illius.* A impulsos de este don precioso ejerce el alma justa las acciones de virtud, auxiliada de la gracia, asi como el alma disipada, y sin temor, los actos de iniquidad, á impulso de las pasiones. La muger fuerte de los Prover-

bios, formada por el temor del Señor, principio, medio, y fin de todas sus empresas, y adornada de las virtudes de su calidad y sexo, como de otras tantas joyas de precio inestimable, es un fenómeno singular, y raro, que solo puede venir de las últimas regiones de la tierra: *Procul, et de ultimis finibus praetium ejus.* ¿Será AMALIA esta muger portentosa dibujada por Salomon? Hablen sus virtudes, y aquellos rasgos luminosos de cristiano heroismo, que le adquirieron el aprecio de Dios, la confianza de su augusto Esposo, y el amor de sus vasallos.

Mas ¡qué posicion tan crítica, y peligrosa la de esta ilustre Joven! Cercada como Israel, de enemigos molestos, y encarnizados, tiene que ensayarse con violentos choques en el dificil arte de pelear, y de vencer. Despues de resistir á una ley interior de pecado, que nos arrastra al desorden, ha de batallar con su misma elevacion, y con todos los en-

cantos, que rodean el trono de los Reyes. La peregrina alteza de la dignidad Real; el brillante aparato, que la acompaña; una autoridad independiente, que estiende su poder á todas las personas, y lugares; una sujecion universal, por religion, y por conciencia de todas las clases, y condiciones; y el espíritu vil de la lisonja, que sabe aplaudir los vicios, y divinizar el crimen, son otros tantos escollos de la virtud de los Príncipes. ¡Qué facil es el desenrollo de la soberbia, y que alze su orgullosa cabeza contra los derechos de Dios! ¡Qué facil á esta fecunda, y antigua madre de desórdenes, precipitar el alma, como á Luzbel, en el abismo! Mas ¡ó prodigio de la gracia! Maria Josefa Amalia lo vence todo, instruida en la escuela del temor santo, y armada con el fuerte escudo de una fe, que destruye ejércitos, apaga incendios, y postra leones enfurecidos. Ella comprende los estragos las-

tímosos de la soberbia, y sabe despreciar el aire vano, que sostiene la ominosa vida de esta bestia feroz. La tercera parte de las estrellas caida de los cielos; la especie humana arrojada del paraiso, y arrastrando la pesada cadena de una esclavitud sin tiempo; la fortuna y gloria de los imperios disipados con un soplo del Omnipotente; y cuanto tiene el mundo de grande, y encantador, reducido á un sueño, que pasa, á un humo, que se remonta y deshace, y á una ligera sombra, que desaparece; verdades fueron de la sublime filosofía de la religion, que aseguraron el corazon de AMALIA contra los ataques de la vanidad: *Si filosofemur de terrenis, si cogitemus, quod praesentia omnia somnium, et umbrae sunt.*

A la brillante luz de esta moral pura del Evangelio, se abrieron los profundos cimientos de su humildad. Esta virtud divina, artículo primero de la doctrina de Jesucristo, y base fundamental

de la perfeccion evangélica, en espresion de S. Cipriano ; recomendada por Dios en las Santas Escrituras con todo género de bendiciones: enseñada, y practicada por el divino Salvador desde su nacimiento hasta el último instante de su admirable vida; y cultivada con entusiasmo por los Apóstoles, y seguidores de la Cruz, fue ciertamente el honroso distintivo de nuestra augusta Reina. Era preciso para conseguirla mortificar el amor propio, estraer del corazon esta raiz inficionada de estravíos y desórdenes, y reducir á escombros la ciudad inquieta de Babilonia, que en sentencia del P. S. Agustin, se eleva con temeraria altivez hasta despreciar al mismo Dios. Era necesario examinarse á sí misma con detencion; y cerrando los ojos al prestigio de una aparante grandeza, formarse con desinteres la verdadera idea de nuestras miserias.

Amalia se contempla con el auxilio

de la fe, y solo halla en su materia, y en su espíritu motivos poderosos de humillacion. Por admirable que sea el esquisito mecanismo de su cuerpo, descubre en él una reunion inconstante de elementos, que mutuamente chocan y se destruyen; un polvo insubsistente, que se disipa con el viento, y una flor pasagera, que nace por la mañana, al medio dia se marchita, y á la tarde se seca. Un espíritu desnivelado, lleno de oscuridad, de incertidumbre, de conatos violentos, y de contradiciones monstruosas, la obliga á considerarse entre el brillo seductor de la púrpura, y de la corona, infeliz descendiente del primero de los hombres, participante como los demas de sus debilidades é infortunios. ¡O tierra, y ceniza despreciable! ¿Por qué no has de abatirte? ¿Por qué has de gloriarte de tu pequeñez, de tu instabilidad, y de tus flaquezas? ¿Por qué no has de humillarte, si alzando la más-

cara, que falsamente te hermosea, eres en el fondo corrupcion, y podredumbre?

Importa poco que la esperiencia, y el íntimo sentido le hagan conocer sus bellos dotes de naturaleza, y gracia, y presenten á sus ojos un entendimiento despejado, una memoria prodigiosa, una voluntad rectificada por la educacion, y la costumbre, una imaginacion inflamada, y creadora, unos conocimientos sólidos, y variados, una conversacion instructiva, y amena, una admirable facilidad para el verso, y una destreza singularísima en manejar con armonía, y copia el idioma español. Lejos de envanecerse, se reconviene á sí misma, y se pregunta con el Apostol: ¿Qué tienes, alma mia, que no hayas recibido de tu Dios? Y si has recibido cuanto tienes ¿podrás gloriarte de lo ageno? Asi desvanece Amalia el pestilente humo de la vanidad, que ordinariamente sube al trono de los Reyes.

Cuando el mundo pone á su vista el brillante aparato de la dignidad Real; cuando la cerca una multitud de fieles servidores, prontos á complacerla, y á ejecutar sus mas leves insinuaciones con la velocidad del relámpago; cuando aparece con todos los adornos de la Magestad para recibir los justos homenages de unos vasallos, que la respetan, y adoran; y cuando un pueblo encantado de sus virtudes la aclama, la celebra, y la bendice, entonces es cuando la humilde AMALIA se acuerda de su mortalidad, y se confunde. Abatida en el abismo de su nada, ordena á Dios el honor, los inciensos, el rendimiento, y la gloria que recibe, y le ofrece con reverente sumision el modesto sacrificio de la violencia que padece. Yo mismo esperimenté con edificacion, y ternura de mi alma, el poderoso esfuerzo de su brazo para impedir la debida inclinacion de mi rodilla, malogrando con su tenaz, y humilde resis-

tencia mis fieles deseos de besar su Real mano. ¿Y quién de los Sacerdotes no fue honrado con iguales demostraciones de su humildad, y respetuosa deferencia? Precisada á dejarse ver con toda la pompa, y magnificencia del ceremonial de Corte, jamas entregó su corazon á estas aparentes glorias de la tierra. Rica, como si nada poseyera, y usando de la grandeza del mundo, como si no la usara, podia asegurar á Dios con la humilde Esther: *Tu scis, Domine, necessitatem meam, et quod abominer signum superbiae, et gloriae meae, quod est super caput meum in die ostentationis meae.*

¡Qué moderacion en la calidad de sus vestidos! ¡Qué honestidad en la figura de sus trages! ¡Qué decoro en la colocacion de sus adornos! Amalia no muestra la orgullosa vanidad de las hijas de Israel. Enseñada por el Apostol, ostenta con la decencia de su alta gerarquía el bello ejemplo de un esterior cris-

tiano, nivelado por el Evangelio; y quiere confundirse entre las hijas de Dios, mas bien que señalarse entre las hijas de la carne. Habiendo renunciado á Satanas, y sus pompas en el santo Bautismo, no le permite su humildad hacer traicion al sagrado caracter, que la distingue. Vestida de Jesucristo por la profesion de cristiana, el hombre nuevo forma sus delicias sin querer parte en las obras envenenadas del antiguo. Superior á las inclinaciones, al gusto y caprichos de su sexo, AMALIA no apetece, ni jamas delibera sobre los adornos con que ha de presentarse en el teatro del gran mundo. Es preciso, que el Rey lo piense, lo quiera, lo elija, y se lo mande. ¡Qué desprendimiento tan heróico! Toda su atencion la fija en despreciarse á sí misma, y en apreciar al pobre, y al desvalido.

¡Virtud santa de la misericordia! Tú eres la llave de los cielos, y habrás abier-

to sus puertas espaciosas al compasivo espíritu de nuestra amada Reina. Ella te amó, te cultivó, te honró, y te dió pacífica morada sobre el magestuoso trono de las Españas. ¡Con cuánto amor recibe al afligido, que la invoca! ¡Con cuánta dulzura le habla, y lo consuela! ¡Con cuánta generosidad lo socorre! Entonces es cuando se acuerda de que es Reina, Madre de su pueblo, Asilo del necesitado, é Imagen de Dios, cuya misericordia es igual á su grandeza. Ella mira en cada pobre un retrato de Jesucristo, y cumple con exactitud la obligacion sagrada, que le imponen la humanidad, la justicia, y su propia elevacion. Agradecida á la divina Providencia, que distribuye los bienes, reservándose de ellos la parte que le place, deposita en la persona del menesteroso el precio de un tributo, que ha impuesto Dios sobre su dignidad, y sus riquezas. Protesto delante del Señor, decia el Prín-

cipe de Idumea, que jamas me negué á los clamores del pobre, ni permití, que esperasen con impaciencia los ojos de la viuda. Nunca llevé á mis labios el sabroso pan, sin que el huérfano participase de mi bocado; porque desde el vientre de mi madre estuvo conmigo la misericordia, y desde mi infancia fue creciendo con mis años. Mi hombro se caiga de su coyuntura, y mi brazo desaparezca quebrantados sus huesos, si alguna vez desprecié al desnudo, ú omití el auxilio del que iba á perecer. ¿No es esta la viva pintura de nuestra Amalia?

Compareced aqui ¡militares afligidos, viudas desconsoladas, jóvenes desvalidas, niños desamparados! y dad gloria á Dios, y á la generosa compasion de vuestra insigne Bienhechora. Aquel honrado militar cargado de familia, y sin auxilios para alimentarla, inquieto ya, fatigado, melancólico, y próximo á desesperarse, fue socorrido por Amalia.

Aquella infeliz viuda era sostenida diariamente por la ardiente caridad de su amada Reina. Esta joven desgraciada, espuesta á todos los peligros de un absoluto desamparo, vivía tranquila bajo la sombra consoladora de la compasiva Amalia. Estos niños inocentes, sin padres y sin apoyo, recibian de la Madre universal de los Españoles su alimento, su educacion, y su carrera. A todos atiende con la infatigable misericordia de las Demetriades, Paulas, Fabiolas, Flaccilas, é Isabeles, protectoras decididas, y esclavas de los pobres: pero á todos encarga, como el Redentor, el sigilo de su caridad: *Vide, nemini dixeris.* ¿Se trata de un establecimiento público de beneficencia? La compasion de Amalia está pronta para fomentarlo. ¿Se habla de socorros para aliviar á la humanidad doliente? El tesoro de Amalia está franco para todo, y sus manos caritativas dispuestas á manejar á los enfermos, á servirlos, y á en-

jugar sus lágrimas. ¿Se padece un espantoso terremoto, que sepulta con los pueblos las vidas y fortunas de sus desgraciados habitantes? AMALIA acude con su bolsillo secreto. ¡Ah! El Dios de las piedades le habrá confesado ya á presencia de los Angeles: Tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; estaba desnudo, y me vestiste: enfermo, y me visitaste: desamparado, y me recogiste. Entra á poseer el reino eterno que te ha adquirido tu misericordia, acrisolada en el fuego de la tribulacion.

Aqui se presentan á mi memoria unos dias funestos, de amargura, de dolor, y de lágrimas: dias aciagos, en que la poderosa mano del Señor se agrava sobre la cabeza de AMALIA para purificarla como al oro: dias terribles de rigorosa prueba, y de un examen espantoso de su constancia, y de su fe. Porque era grata á los ojos de Dios, fue necesario que la

tentacion la probase del mismo modo que á Abrahan, que á Jacob, y al misericordioso Tobias, y como á todos los que marchan por el camino de la justicia. Debia mirar allanado su palacio, atropellada la magestad del trono, y cubierta la Real Diadema de medrosa, y triste palidez. Habia de ver á su tierno Esposo desautorizado, escarnecido, y atado de pies y manos, como inocente víctima destinada al sacrificio. Tenia que verlo amenazado con insolente audacia cuando no le permitian su conciencia, su piedad, y el amor de su pueblo, sancionar los caprichos insensatos de un espíritu innovador y revoltoso. Habia de verlo arrancado de su Corte con temeraria violencia, y conducido entre bayonetas á discrecion de sus enemigos. Tenia que verlo despojado del cetro y de la corona por un Acta solemne, y entregado con ignominia, y como un simple particular, al loco frenesí del gefe revo-

lucionario. Habia de temer::: ¡O noche tempestuosa del doce de Junio de mil ochocientos veinte y tres! ¡Nunca hubieras existido, ni te contáras en el número de las noches! A tu melancólica sombra se intentaba::: La lealtad se horroriza, y debe enmudecer. ¿Y qué hace Amalia? ¿Qué siente? ¿Qué desea? Padece con humilde resignacion: sostiene con su piedad la grande alma de su dulce Esposo, y espera constante el fiel cumplimiento de las promesas de aquel Dios que nunca desampara al justo inicuamente vendido, bajando con él á la pavorosa oscuridad de las prisiones, hasta darle posesion de su corona, y de una autoridad soberana sobre sus injustos depresores: *In vinculis non dereliquit illum donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant.*

He aqui la época mas famosa de las virtudes, y de los triunfos de nuestra Serenísima Difunta. Convencida de las vi-

cisitudes del mundo, y de la inconstancia de su gloria, nada estraña de cuanto ataca la efímera existencia de los hijos de Adan desde sus primeras lágrimas hasta su último suspiro. Ella sabe, que en el desierto de la Arabia se preparan á los descendientes de Jacob persecuciones, asechanzas, y batallas sangrientas: que el reino de los cielos padece violencia, y que solo han de poseerlo los que la sufrieren: que únicamente ha de coronarse el que peleare con esfuerzo: que lo que es en esta vida una tribulacion momentánea, y ligera, produce en nosotros de una manera peregrina un peso eterno de gloria: que no son comparables los trabajos de este siglo con el gozo venidero, que se nos prepara; y que el Señor ofrece su caliz de amargura, y reparte las asperezas de su cruz para probar nuestra fe, nuestra paciencia, y nuestro amor.

Estas verdades sacrosantas la fortalecen: y sin caer en una estóica y necia

insensibilidad, la tranquilizan y consuelan. ¿Veis á una escarpada roca en medio de las aguas, cercada de olas embravecidas, acometida con ímpetu rabioso, cubierta á veces de blancas, y furiosas espumas, y que inmovil á tan fieros ataques, vuelve á ostentar su magestuosa cabeza, desafiándolas sin temor? Asi Amalia en un abismo de penas, combatida impetuosamente de amargas tribulaciones, y anegada entre las olas de una borrasca la mas desecha, muestra impávida su inflexible cuello, y desafía con firmeza á todos los horrores de la tempestad. Unida á su Criador por la fe, por la esperanza, y por el temor santo de hija, ¿quién la podia separar de la caridad de Dios? ¿Acaso los trabajos, la angustia, el peligro, la persecucion, ó el cuchillo? Vivo mortificada todo el dia, decia con el Apostol, y estimada como oveja de sacrificio; pero estoy segura, que ni la vida, ni la muerte, ni lo pre-

sente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni criatura alguna podrá separarme de la caridad de Jesucristo.

Dueña de sí misma, ofrece á su augusto Esposo todos los consuelos que le inspiran su tierno amor, su heróica conformidad, y sus piadosas reflexiones. Asegurada en la fe luminosa de un Dios, que mortifica y da la vida; que nos conduce hasta las puertas del abismo, y nos aparta de ellas con misericordia, contempla la calamidad como una correccion amorosa de los cielos, y jamas abre sus labios contra sus violentos opresores. Ella se juzga culpable delante de Dios, y le pide con el Profeta Jonas ser arrojada á las aguas para serenar la tormenta. Ella se cree delincuente, y ruega como David, que solo caiga sobre sus espaldas todo el rigor de los azotes: *Vertatur, obsecro, manus tua contra me.*

En trage humilde de dolor y de tristeza se oculta en el silencio de su retiro;

vosotras la visteis con frecuencia ¡ fieles Camaristas! y postrada con el respeto de la virtuosa Esther, implora sobre su amado Esposo, y sobre todo su pueblo, la piedad y benigna clemencia del Dios de los afligidos. Pecado hemos contra Vos, le dice, y nos habeis entregado al furor de nuestros enemigos. No contentos con oprimirnos en la mas dura esclavitud, quieren trastornar vuestras antiguas promesas, destruir vuestra heredad, cerrar la boca de los que os alaban, y apagar de una vez la gloria de vuestro altar, y de vuestro santo templo. No deis, Señor, vuestro cetro á los que no deben empuñarlo, para que no se burlen de nuestra perdicion. Tornad contra ellos la perversidad de sus designios, y desbaratad las maniobras del que ha empezado por nosotros su crueldad. Acordaos de nuestra desventura, y mostraos propicio en este amargo tiempo de tribulacion: *Memento, Domine, et ostende te no-*

bis in tempore tribulationis nostrae.

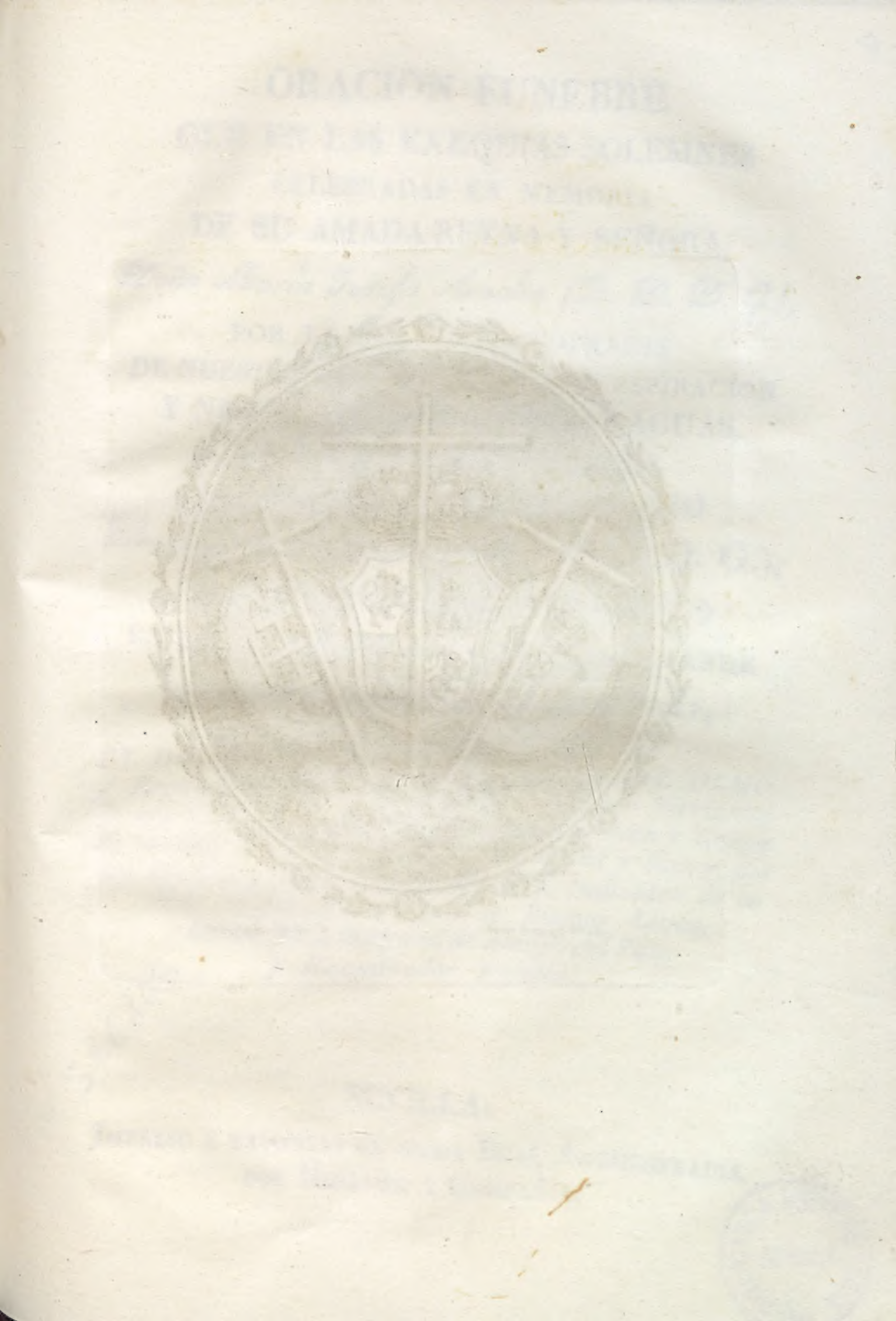
Sus fervorosos clamores son oidos, y se tronchan las cadenas: cesa la tormenta: se disipan las nubes; y aparece un dia claro, hermoso, y consolador. Amalia agradecida se ofrece á Dios en sacrificio de alabanza, y publica la gloria de su adorable Nombre con mas ternura que Moises, anegado Faraon y su ejército; con mas pureza que Débora, muerto el arrogante Sisara, y con mas devocion que Judith, postrado Holofernes, y libertada Betthulia. Asi llenó los amorosos designios de la Providencia; asi cumplió las estrechas obligaciones de su alta dignidad; y asi manifestó el virtuoso caracter de su preciosa vida, auxiliada siempre del santo temor de Dios. El preparó su inocente alma con la piedad, y con la ciencia del cielo; santificó sus obras con la humildad, con la misericordia y la paciencia, y la hizo acreedora á nuestro amor, á nuestro respeto, y

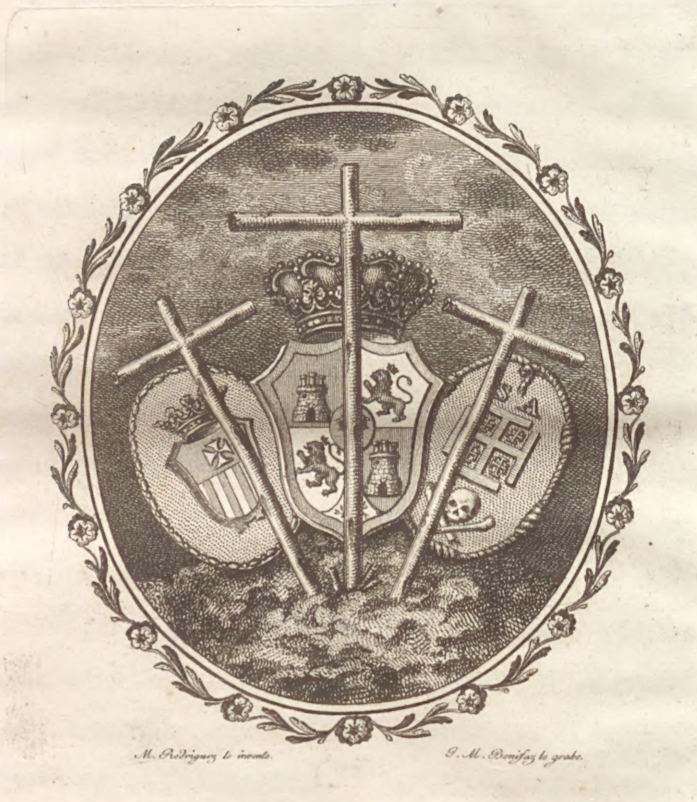
alabanzas: *Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur.*

Acércate ya ¡ó muerte destructora! y prepara tu descarnado brazo para descargar sobre Amalia el golpe fatal. Ella no te teme, porque te conoce, y porque ha llenado muchos años en sus cortos dias. Le quitarás una vida triste y perecedera, mas no la despojarás de una vida inamisible, y deliciosa. Amalia vivirá siempre con los Españoles, y con su Dios. Los Españoles apreciarán sus virtudes, y edificantes ejemplos, y Dios la habrá recompensado con una gloria eterna. Sí: yo creo piadosamente, que habiendo peleado con esfuerzo, se le habrá concedido una corona de honor que brillará para siempre sobre su cabeza, y que se habrán cumplido las grandes promesas de los que temen á Dios, y marchan por el camino de su santa ley. Pero si aun no ha llegado este feliz momento; si aun por una ley de forzosa es-

piacion se le detiene la morada venturosa de los Santos, haced Vos ¡ó Rey Eterno de la Gloria! que no se le retarde. Conducidla al seno de vuestras inefables misericordias. Rasgad el velo, que le impide ver el fondo brillante del Santuario, para que viva en una luz perpétua. Admitid nuestras lágrimas, y las fervientes preces, que han resonado en este santo templo. Muévaos esa sagrada Víctima, que acaba de inmolarse, y la adorable Sangre del Cordero, que se ha rociado sobre Amalia, en satisfaccion á vuestra eterna Justicia. Recibid nuestros votos con amor, y escuchad benignamente los ardientes ruegos de los antiguos Nazarenos de Sevilla, para que el alma de nuestra Difunta Reina Doña Maria Josefa Amalia de Sajonia descanse en santa paz por eternidad de eternidades. Amen.

piacion se le detiene la morada venturosa de los Santos, haced Vos, ó Rey Eterno de la Gloria! que no se le retarde. Conducidla al seno de vuestras inefables misericordias. Rasgad el velo, que le impide ver el fondo brillante del Santuario, para que viva en una luz perpétua. Admitid nuestras lágrimas, y las fervientes preces, que han resonado en este santo templo. Muévaos esa sagrada Víctima, que acaba de inmolarse, y la adorable Sangre del Cordero, que se ha rociado sobre Amalia, en satisfaccion á vuestra eterna Justicia. Recibid nuestros votos con amor, y escuchad benignamente los ardientes ruegos de los antiguos Nazarenos de Sevilla, para que el alma de nuestra Difunta Reina Doña Maria Josefa Amalia de Saxonia descanse en santa paz por eternidad de eternidades. Amen.





M. Rodriguez lo invento. J. M. Bonifaz lo grabo.